

Sumario:

El Cardenal Claudio Hummes, a 25 años de la Conferencia de Puebla, presenta el marco social y eclesial que identifica hoy a América Latina y el Caribe. En el campo social, se ha superado, con excepción de Cuba, la era de los regímenes militares y se ha avanzado hacia un modelo democrático; se ha impuesto el fenómeno de la globalización, alimentado por el avance de las ciencias y de las tecnologías de la comunicación; se ha ampliado y profundizado la exclusión social y económica; se están consolidando los mercados comunes regionales y continentales; ha crecido en forma alarmante la deuda externa; y está haciendo presencia cada vez más el terrorismo en distintas formas. La realidad eclesial está marcada por el crecimiento de las "sectas", especialmente neo-pentecostales protestantes; por el pluralismo religioso; por el agnosticismo principalmente en sectores de la intelectualidad, de la universidad o de los medios de comunicación; por la apertura al diálogo, tanto ecuménico e interreligioso, como con las culturas y las ciencias; por el esfuerzo de construir comunidades más vivas y participativas; por el surgimiento de movimientos eclesiales de laicos comprometidos; y por el incremento de muchas iniciativas de solidaridad con los sectores más empobrecidos.

El marco social y eclesial hoy de América Latina: 25 años después de Puebla

Cardenal Don Cláudio Hummes

Arzobispo de São Paulo – Brasil

Presentar el marco social y eclesial que identifica hoy América Latina y el Caribe, 25 años después de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, realizada en Puebla, en 1979, exige un trabajo complejo y necesariamente provisional, puesto que un análisis más iluminador de la actual realidad latinoamericana requeriría una adecuada distancia histórica, para que la crítica pudiera ser más objetiva y completa. Se trata, de hecho, de un período histórico no terminado y en el cual estamos todos envueltos. Evaluar lo que es realmente positivo en este período y lo que es negativo o problemático, no será siempre fácil ni pacífico.

De ese modo, para presentar el actual marco social y eclesial de América Latina y Caribe, 25 años después de Puebla, vamos a partir de algunos aspectos significativos que el propio documento conclusivo de Puebla, en la época, señaló como determinantes del marco social y eclesial en aquel período, esto es, en 1979, y, enseñada, vamos a compararlos a la situación actual.

El documento de Puebla presenta luego en el inicio lo que llama "visión socio-cultural de la realidad latinoamericana". Dice que la presenta "no con la intención de provocar desánimo, sino queriendo estimular a todos los que tengan posibilidades de mejorarla" y luego añade que la Iglesia de América Latina ha buscado ayudar al hombre "a pasar de situaciones menos humanas a más humanas". Y luego, el texto continúa diciendo que la Iglesia "se ha esforzado por convocar las personas para una continua conversión individual y social. Pide que todos los cristianos colaboren en la transformación de las estructuras injustas y comuniquen valores cristianos a la cultura global en que están insertados" (n.16). En estas pocas líneas, todos nosotros, que participamos de alguna forma de la conferencia de Puebla o de ella tomamos conocimiento, reconocemos las grandes preocupaciones y propuestas pastorales de la época: indignación delante de la

realidad social injusta, convocación de los cristianos para actuar en lo social y colaborar en la transformación de las estructuras socio-económico-políticas injustas del Continente. De ahí surgiría en el mismo documento su opción fundamental, a saber, la opción preferencial por los pobres y su estímulo a la multiplicación y actuación de las Comunidades Eclesiales de Base. La Teología de la Liberación, creada por Gustavo Gutiérrez, quiso ser el soporte teológico de este nuevo tiempo de la Iglesia en América Latina. La evangelización, retomada como actividad fundamental de la Iglesia en el mundo, propuesta por la Exhortación Apostólica "Evangelii Nuntiandi" (1975), de Pablo VI, era interpretada como evangelización liberadora, con fuerte cuño social y político. Para algunos más a la izquierda, los cristianos tenían una tarea revolucionaria de crear una sociedad socialista, basada en el análisis marxista, por ellos considerada como científica, la cual venía inclusive aplicada a la teología.

Por detrás de esa toma de posición pastoral, hay una realidad latinoamericana de aquel período. De hecho, primeramente Puebla aconteció cuando el mundo aún estaba dividido en dos bloques hegemónicos, que buscaban agrupar las demás naciones en su círculo de influencia. Había así las naciones alineadas con uno u otro bloque y las naciones no-alineadas. Uno de los bloques adoptaba el sistema capitalista-liberal y era liderado por Estados Unidos. El otro adoptaba el sistema socialista-marxista-comunista, liderado por la entonces Unión Soviética. En este tiempo, en América Latina imperaba un capitalismo salvaje, generador de pobreza, miseria, hambre, analfabetismo, desigualdad social y una perversa distribución de la renta.

Por esta razón, muchos liderazgos populares en estos países sentían fascinación por el socialismo. Este se les aparecía como oportunidad de liberarse de todas las dependencias, opresiones y miserias. Se hablaba mucho de capitalistas y comunistas, de opresores y oprimidos, de subversión y represión, de dictadura y democracia.

De hecho, los países latinoamericanos habían salido recientemente, o estaban aún en proceso de salir, de los regímenes militares y dictatoriales de los años 60. Durante esos regímenes, las libertades democráticas fueron suspendidas y hubo mucha represión, prisiones arbitrarias, torturas y asesinatos de presos políticos; los derechos

humanos fueron conculcados, la prensa amordazada, los sindicatos de los trabajadores reprimidos o simplemente cerrados.

La Iglesia, insertada en esta realidad, había sido despertada por la conferencia de Medellín y ya por el Concilio Vaticano II, para denunciar toda esa situación de pobreza, opresión e injusticia. Y, como ya se ha dicho, la Teología de la Liberación más combativa, que asumirá el análisis marxista, así como también grupos de agentes de pastoral, se dejaron envolver por esta fascinación por el socialismo. Dicen los obispos en el documento de Puebla: “Comprobamos como el más devastador y humillante flagelo la situación de pobreza inhumana en que viven millones de latinoamericanos y que se expresa, por ejemplo, en mortalidad infantil, en falta de vivienda adecuada, en problemas de salud, salarios de hambre, desempleo y sub-empleo, desnutrición, inestabilidad de trabajo, migraciones masivas, forzadas y sin protección. Al examinar más a fondo tal situación, descubrimos que esta pobreza no es una etapa casual, pero sí el producto de determinadas situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, aunque haya también otras causas de la miseria” (n. 29 y n.30). Y luego los obispos añaden que hay “mecanismos que (...) producen, en nivel internacional, ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres” (n.30).

Enseguida, los obispos en Puebla buscaron concretizar más esa realidad de pobreza, hablando no en conceptos abstractos, sino en los sujetos históricos víctimas de esa realidad y entonces hablan de rostros humanos de los pobres, en una larga lista de rostros de las diferentes categorías de pobres. Esa concretización fue pastoralmente muy expresiva, pues es más fácil hablar de pobreza que de pobres concretos, que nos miran e interpelan (nn. 32-41).

Pasando a la realidad política de la época, los obispos decían que los regímenes militares ejercían “una represión sistemática o selectiva, acompañada de delación, de violación de la privacidad, de presiones exageradas, de torturas, de exilios (...) de desaparición de seres queridos (...), de detenciones sin orden judicial” (n.42). Esos regímenes, decían los obispos, veían “con malos ojos la organización de obreros, campesinos y grupos populares” (n.44). Como consecuencia de todo eso, creció “un deterioro del cuadro político, con



grave perjuicio de la participación de los ciudadanos (...)", y "la injusticia institucionalizada" (Medellín). "Además de eso, grupos políticos extremistas, al emplear medios violentos, provocan nuevas represiones contra los sectores populares" (n.46). Eran las guerrillas y su represión por parte de los militares.

Es también la época de la Doctrina de la Seguridad Nacional, que "contribuyó a fortalecer, en muchas ocasiones, el carácter totalitario o autoritario de los regímenes de fuerza y alimentó el abuso del poder y de la violación de los derechos humanos" (n.49).

En el ámbito cultural, los obispos subrayaron el materialismo individualista, el consumismo y el deterioro de los valores básicos de la familia.

La realidad de la Iglesia era descrita por los obispos como contaminada por el indiferentismo religioso, el surgimiento de muchas Sectas, la ignorancia religiosa del pueblo católico, una menor aceptación inmediata de lo que la Iglesia predica, la secularización, lo cual ha llevado a muchos católicos "a prescindir de los principios morales, sean personales o sociales y a encerrarse en un ritualismo, en mera la práctica social de ciertos sacramentos o en las exequias, como señal de su pertenencia a la Iglesia"(cf. nn. 79-82). Frente a esto, la Iglesia siente su insuficiencia bajo el aspecto humano, pero confía en el Espíritu Santo y no pretende asistir insensible a los clamores de la realidad social y eclesial de un mundo en transformación (cf. n. 84).

Estimulada por esos clamores, creció "la conciencia que la Iglesia tiene de su misión evangelizadora y la llevó a publicar (principalmente desde la conferencia de Medellín) numerosos documentos sobre la justicia social; a crear organismos de solidaridad y de defensa de los derechos humanos; a alentar la opción de sacerdotes y religiosos por los pobres y marginados; a soportar en sus miembros la persecución y, a veces, la muerte, como testimonio de su misión profética"(n.92).

En este contexto general, la actividad de la Iglesia busca responder a los problemas tanto sociales como eclesiales. Hay un inten-

to de perfeccionar la catequesis, renovar las parroquias, implementar la renovación litúrgica conciliar... Ganan fuerza las Comunidades Eclesiales de Base. También se registra el florecimiento de otros grupos eclesiales de cristianos, como son ciertamente los grandes movimientos eclesiales de laicos y las así llamadas Nuevas Comunidades (cf. n.98-101). También se señala la importancia de la religiosidad popular, diciendo: "La revalorización de la religiosidad popular, a pesar de sus desvíos y ambigüedades, expresa la identidad religiosa del pueblo. Al purificarse de eventuales deformaciones, ella ofrece un lugar privilegiado a la evangelización"(n.109).

Si pasamos ahora al marco social y eclesial de hoy, constatamos que la historia de 25 años, desde Puebla, modificó bastante la realidad latinoamericana. Voy a intentar primero dar una rápida descripción de esa realidad y después intentar situar la Iglesia en este contexto actual.

Iniciemos con la realidad política. Hoy los países latinoamericanos, con excepción de Cuba, volvieron al régimen democrático y superaron así la era de los regímenes militares autoritarios. Eso, sin duda, es un avance positivo, que merece el apoyo de la Iglesia. Por otro lado, es necesario reconocer que muchas de esas democracias, si no todas, unas en grado mayor que otras, son aún bastante precarias y no suficientemente consolidadas. Entrevistas de opinión pública muestran incluso que el pueblo en general no tiene claridad suficiente sobre la importancia de la democracia y, en consecuencia, hay porcentajes significativos de personas investigadas que no valoran la democracia como deberían.

Otro fenómeno que hoy predomina en todo el mundo y, por lo tanto, también en América Latina, es la globalización. Es un fenómeno que viene creciendo y hoy asume un lugar como nunca antes en la historia de la humanidad, alimentada y consolidada por el progreso, principalmente, de las ciencias y de las tecnologías de comunicación. En su libro "Globalización e identidad católica de América Latina", Guzmán Carriquiry, de nacionalidad uruguaya y hace muchos años sub-secretario del Pontificio Consejo para los Laicos, en la Curia Romana, escribe: "Está claro que la nueva fase histórica reconoce entre sus factores propulsores y desencadenantes los enormes saltos



cualitativos, acelerados y acumulativos que se dan en el desarrollo científico, en las innovaciones tecnológicas y en sus aplicaciones muy rápidas y variadas. La tecnología se ha convertido en el factor más importante de la producción y del trabajo, de su metamorfosis.

Tiende a convertirse en dinamismo autoregulatorio de la sociedad. La multidimensionalidad de sus repercusiones hace que abundan hoy las referencias a la “civilización tecnológica” en la apertura de una “era del conocimiento y de la información”. El desarrollo de la robótica y la cibernética, la revolución de las comunicaciones, la recapitulación de la tradición oral y el lenguaje escrito dentro de una civilización audiovisual, el acoplamiento de la computadora con la biología en la evolución biogenética son algunas de sus manifestaciones más sorprendentes y desafiantes. Estas mismas innovaciones están directamente interrelacionadas con el fenómeno de la globalización contemporánea”¹.

De hecho, los inmensos avances científicos, que generaron tecnologías cada vez más sofisticadas y amplias, principalmente, en el área de la computación, de la informática, de la comunicación, determinaron y desarrollaron la globalización contemporánea. La comunidad humana se tornó cada vez más interligada, interconectada, por esas nuevas tecnologías de información y comunicación. Se tornó posible comunicarse de cualquier punto del mundo, en cualquier momento y de modo instantáneo. Es posible informar y tener informaciones en tiempo real sobre lo que está ocurriendo en el mundo, en el mismo instante en que los hechos están ocurriendo y reaccionar inmediatamente según nuestro interés. Nunca como hoy se hizo cierto que el mundo pasó a ser una pequeña aldea.

Se comprende cómo esa nueva realidad de las ciencias y tecnologías de información e intercomunicación cibernética favorece el desarrollo globalizado del universo financiero, de la economía, de la producción y del mercado, principalmente dentro del nuevo orden económico mundial, de perfil neoliberal, de mercado libre y abierto.

¹ GUZMÁN Carriquiry. “Globalización e identidad católica de América Latina”, (Plaza Janés, México, 2003, p. 27.



Por otro lado, la globalización actual de la economía trajo también frutos perversos. El problema central fue su creencia de que había un único modelo económico aplicable a todos los países, por más diversos que fueran. De ahí los sufridos y duros ajustes económicos impuestos a los países pobres y emergentes, que implicaban la adopción de medidas recesivas, que, a su vez, generaban desempleo y el abandono de inversiones sociales. Súmese a eso la volatilidad del capital financiero internacional y el desequilibrio de las negociaciones comerciales y tendremos el cuadro negativo y lleno de riesgos para el futuro, que el nuevo orden económico globalizado diseñaba.

De ese modo, la globalización económica de los años recientes, de corte neo-liberal, acabó generando el crecimiento colosal del fenómeno de la exclusión social y económica. Hay los incluidos y los excluidos. De hecho, al lado de una intensiva modernización de muchos sectores de la industria y de los servicios, que les dio mayor y mejor productividad, así como mayor racionalidad, características esas que las tornaron competitivas en el mercado mundial abierto y libre, generó también el colapso de muchas industrias más tradicionales. En Brasil, las nuevas tecnologías suprimieron, en una década, más de 10 millones de empleos². Así, la introducción de nuevas tecnologías, que ya de por sí eliminó millones y millones de puestos de trabajo, sumada a la quiebra de industrias tradicionales, que necesitaron cerrar y dimitir sus empleados, hizo que hubiera verdaderas masas de desempleados por todo el mundo, también en América Latina. De hecho, muchísimos puestos de trabajo se tornaron absolutamente obsoletos y nunca más serán ocupados, tornando así el mercado de trabajo, principalmente en la forma de empleo formal, mucho más estrecho. El desempleo se tornó estructural y se manifiesta hoy como gigantesco flagelo social prácticamente en todo el mundo. Ahora, con el desempleo crece la pobreza, que para muchos acaba transformándose en miseria y hambre.

La situación se agravó con la exigencia de las economías mundiales hegemónicas, mediante el Fondo Monetario Internacional (FMI), de que los países pobres y emergentes, para entrar en el nuevo orden económico mundial globalizado y de mercados abiertos, hi-

² Cf. Folha de S. Paulo, 18.1.2004, p. B 1.

cieran dolorosos ajustes económicos, como ya fue acordado arriba, con la desregulación de su sistema económico, para abrir sus mercados, con la promesa que también los países ricos abrirían sus respectivos mercados. Pero, después de todo ese sacrificio, que costó mucho a esos países pobres, los países ricos hoy vuelven cada vez más al proteccionismo de ciertos productos suyos estratégicos, con grandes perjuicios para los países pobres y emergentes.

Añádase a eso el problema del endeudamiento externo que continúa asfixiando la economía de muchos países pobres, también en América Latina. No obstante la renegociación de las deudas, hechas por muchos países extremadamente endeudados, la cantidad de los pagos anuales de los servicios de las deudas coacciona a esos países a disminuir substancialmente sus inversiones internas, agotando su economía, y por ese mismo motivo acaban gozando de menor crédito externo, lo que disminuye o casi anula la entrada de capital extranjero de inversión productiva. Así, producen menos y con poca o ninguna calidad para el exigente mercado mundial. El resultado es la progresiva exclusión de esos países del gran círculo de la economía globalizada. Tenemos, por lo tanto, también países incluidos y países excluidos en la comunidad económica mundial.

Ese mundo de mercado global, libre y abierto, sin embargo, se va organizando en mercados comunes regionales y continentales para tener mayor fuerza de competición comercial e, inclusive, política entre sí. Así nació el Mercado Común Europeo, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA), el Mercado Común del Sur (MERCOSUR) y otros mercados comunes por el mundo afuera, y ahora se discute la creación del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Además de la necesidad de fortalecer sus varias áreas de mercado libre común, América Latina está hoy ante la necesidad de fortalecer el MERCOSUR y otras Áreas de Libre Comercio en su continente.

Otro fenómeno marcante en el mundo actual es el terrorismo, cuya expresión más dramática y explosiva fue el arrasador y inaudito atentado contra el WTC (World Trade Center) de Nueva York, en el fatídico 11 de septiembre de 2001, que costó miles de vidas humanas, además del ultraje a importantísimos símbolos de la vida econó-

mica y política del pueblo norteamericano. Hay quienes dicen que nada quedó igual después de ese 11 de septiembre. Con él se inauguró de hecho el tercer milenio³. Las reacciones al 11 de septiembre llevaron a una frenética búsqueda de seguridad en los países más amenazados, así como a la nueva doctrina de la guerra preventiva, del presidente George W. Bush, que así intenta justificar la guerra contra Irak y todas las presiones contra países sospechosos de apoyar el terrorismo. Al mismo tiempo, ocurre un gran avance del Islam, sea en términos de simple inmigración a los países cristianos del Occidente, sea en términos de choque violento de culturas y de aspiraciones a la conquista de más y mejor condición en el mundo actual globalizado. Tales conflictos, terrorismos y guerras, envuelven obviamente, en primer lugar, intereses económicos y geopolíticos, aunque, a veces, se mezclen también motivos religiosos. Añádase la complejidad, la persistencia y la capacidad creciente de resonancia mundial del conflicto entre palestinos e israelíes, con tantas violencias de ambas partes, que torna aún más belicoso este inicio de milenio y tiene reflejos sobre todo el mundo.

Volviendo a la realidad interna de nuestros países, vemos crecer la pobreza y la miseria, aunque haya también avances económicos, sociales y políticos. Esa contradicción continúa desafiando aún a los gobiernos que se dicen de izquierda. El problema social es agravado aún por el creciente tráfico y consumo de droga, que genera un crimen organizado altamente sofisticado y eficiente, que enfrenta de igual a igual, y con ventajas, el sistema oficial de seguridad de los países alcanzados.

En muchos de nuestros países, si no en todos, y en Brasil ciertamente, la reforma agraria continúa en la agenda como esencial para un desarrollo sustentable, justo y socialmente inclusivo de todos. La cuestión de la tierra es fundamental en nuestros países y la Iglesia normalmente la ha defendido y promovido como prioritaria para la justicia social.

También la inclusión social de los indígenas y de los que entre nosotros son afrodescendientes aún está lejos de ser resuelta con justicia y democráticamente. Son deudas seculares para con esas etnias, cuyos miembros no pueden continuar siendo vistos y tratados como ciudada-

³ Cf. Carriquiry, op.c., p.13.



nos de segunda categoría. Son problemas que tienen connotaciones altamente culturales, socio-económicas, históricas, políticas y religiosas.

La juventud pobre, principalmente de las periferias urbanas, vive abandonada por el poder público, sufriendo desempleo, falta de escolaridad y educación integral, amenazada por la droga y por la violencia urbana, con falta casi total de perspectivas de futuro. Es una juventud que no tiene esperanzas suficientes delante de sí para decidirse a canalizar su vida para la construcción de un futuro personal y social que valga la pena. La familia es cada vez más debilitada, legalmente poco aprestigiada y poco protegida. La estabilidad matrimonial es cada vez menor. El lazo legal del matrimonio entre hombre y mujer es siempre más equiparado a todo tipo de formas diversas de unión, inclusive entre personas del mismo sexo. La institución familiar auténtica ya no consigue el apoyo suficiente del poder público y de la sociedad para realizar su vocación y misión. Crecen las amenazas contra la vida naciente por prácticas y legislaciones abortivas siempre más permisivas.

La realidad eclesial latinoamericana de hoy trae también algunas características modificadas en relación al tiempo de Puebla.

La realidad eclesial latinoamericana está cada vez más marcada por la presencia, actuación y crecimiento de las así llamadas Sectas, en especial las (neo) pentecostales protestantes. En las últimas dos décadas ese crecimiento fue extraordinario. América Latina como un todo cuenta hoy, según datos recientes, solamente con 73% de católicos. Es lo que se da también en Brasil, en particular.

Un Continente y Brasil, como su mayor país, que ya fueron totalmente católicos. Tomaré como ejemplo Brasil, que conozco mejor. Según el último censo nacional brasileño, del año 2000, en la década de 1991 a 2000 en Brasil el número de personas que se declaran católicas disminuyó cerca de 10%. En 1991, el número de brasileños que se declararon católicos fue de 83,3% del total de la población y en 2000, solamente 73,9%.

Esa información nos dejó a nosotros, católicos, y especialmente a los obispos, una vez más impactados, preocupados y



perplejos. Nos preguntamos lo que estaría aconteciendo con nuestra Iglesia Católica en Brasil. La información del censo fue confirmada por una encuesta realizada por la Pontificia Universidad Católica (PUC) de Río de Janeiro⁴. Allí, se registran estadísticas complementarias y se dice: "Hoy, la Iglesia Católica (en Brasil) presenta una fuerte reducción de su número de fieles, particularmente en algunas de las principales regiones metropolitanas del País, [...]: Río de Janeiro, con 54% de católicos; Vitória, con 56%; Recife, con 62%; São Paulo, con 68%" (p. 15-16). Cual será el futuro del catolicismo, a mediano y largo plazo, en Brasil? Es la pregunta angustiosa que surge hoy.

La encuesta de la PUC-Río muestra todavía que la mayor fuga de católicos está ocurriendo en las periferias pobres de nuestras ciudades. En los demás países latinoamericanos creo que la situación no es muy diferente de la situación brasileña.

Otro fenómeno que va se manifestando, junto al pluralismo religioso, es el agnosticismo, principalmente en las capas de la intelectualidad, de la universidad, de los medios de comunicación, y, en general, entre las élites sociales. Podría ser considerado una moda, si no fuera por la seriedad de lo que está en cuestión. En los medios intelectuales y académicos ya hubo un tiempo, en Brasil, en que era necesario ser positivista para tener auditorio. Después, fue el tiempo en que era necesario ser marxista-socialista. Ahora, está siempre más en boga ser agnóstico.

De hecho, la pos-modernidad expresa el fracaso del iluminismo racionalista moderno, que llevó al mundo a las grandes ideologías de izquierda y de derecha, las cuales quisieron, cada una a su modo, coaccionar a toda la humanidad a aceptar sus "luces", aún con violencia e inhumanidad, *gullags* y holocaustos inauditos. El siglo 20 presencié esas violencias extremas del nazi-fascismo, del comunismo y aun del capitalismo liberal, el cual impuso la pobreza y la miseria a centenares de millones de personas por todo el mun-

⁴ Esta investigación fue publicada en el libro titulado "Atlas de la Filiación Religiosa e Indicadores Sociales en Brasil", lanzado en el inicio de 2003 (por la PUC-Río, Ed. Loyola, con el apoyo de la Conferencia Nacional de Obispos del Brasil-CNBB).

do. Del fracaso de esas grandes ideologías, o, como otros dicen, de los “grandes relatos”, surge el agnosticismo desencantado, sin entusiasmo por verdades absolutas y universales.

El agnosticismo no admite que se pueda llegar a la certeza de la verdad absoluta y universalmente válida. Es su desencanto delante de las grandes ideologías. Dicho popularmente, para el agnóstico yo tengo mi verdad y usted, la suya. Pero yo no puedo, ni usted puede, decir que mi o su verdad sea la verdadera. Pero – dice el agnóstico – no vamos a pelear por eso, pues no importa quién tenga la verdad.

De hecho – advierte el agnóstico – la verdad puede tornarse peligrosa, cuando queremos que todos acepten nuestra verdad, como hicieron las grandes ideologías. Aquí las propias religiones se tornan sospechosas de ser potencialmente peligrosas y violentas, en la medida en que afirman verdades absolutas y universales. Es mejor satisfacerse – concluye el agnóstico – con una visión más modesta, pluralista, tolerante y relativista.

Así piensa el agnóstico. Él desistió de la verdad. En él se extinguió la pasión por la verdad. Un paso más y estará en el nihilismo, al preguntar si aún vale la pena alguna cosa, si el hombre aún tiene algún sentido, si aún es posible al menos la fundamentación de un mínimo indispensable de valores éticos universales, o si el hombre realmente no pasa de “una pasión inútil”⁵. En Europa, se llama eso “pensamiento débil”. En vez de la arrogancia de los “grandes relatos”, ahora un “pensamiento débil”, sin pretensiones, ni ganas de tener la verdad fundamental y fundante de toda la realidad, la verdad verdadera y universal, base necesaria e indispensable para fundamentarse una ética universal.

Podemos preguntar hasta qué punto ese agnosticismo es una tentación sutil que aflige también a ciertos agentes de pastoral, teólogos y predicadores. La tentación de decir que cada uno tiene su verdad y nadie tiene derecho de decir que la suya sea la verdadera, ronda muchos corazones, perplejos delante del pluralismo que caracteriza la post-modernidad.

⁵ Cf. Sartre.

Sin duda, aunque no sean cuestiones sólo latinoamericanas, sino también mundiales, está ahí la cuestión del papel de la mujer en la sociedad y en la Iglesia, la cuestión de la sexualidad humana en todas sus dimensiones, la cuestión del avance en el campo de la biogenética y de las biotecnologías. Son cuestiones urgentes de las cuales la Iglesia no puede ni debe huir ni intentar minimizarlas y que exigen un diálogo abierto y profundo, un acompañamiento constante, inteligente, amoroso y consecuente.

También el diálogo ecuménico, interreligioso y el diálogo con las culturas y las ciencias, son campos inmensos en que ya se avanzó bastante, se continúa avanzando, pero que, por su importancia actual decisiva en la convivencia humana, están lejos de ser suficientemente atendidos.

Simultáneamente, la Iglesia tiene que enfrentar la indiferencia religiosa de muchos, la ignorancia religiosa de tantos de sus propios fieles, la falta de clero, la dificultad de encontrar y formar vocaciones sacerdotales, la falta de recursos financieros e, incluso, el desperdicio de recursos en actividades e iniciativas que no cambian nada.

Por otro lado, la realidad eclesial latinoamericana de hoy, al lado de tantas sombras, también presenta luces y realidades positivas de evangelización y vida cristiana. Se constata un continuo esfuerzo de tornar las comunidades más vivas y participantes, así como más solidarias para con los pobres. La vida sacramental, en especial la participación en las Santas Misas, es más viva. Los muchos Movimientos eclesiales de laicos están participando activamente en la evangelización y en la misión. La Iglesia continúa ejerciendo con muchas iniciativas la solidaridad para con los pobres. Hay presencia mayor de la Iglesia en los grandes Medios de Comunicación, con medios propios. La preparación y realización del Gran Jubileo de Jesucristo, en el año 2000, renovaron la Iglesia y le dieron aliento mayor. Pero, después de Puebla, tres grandes eventos eclesiales marcaron la Iglesia latinoamericana, a saber, la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica (1992), la Conferencia de Santo Domingo (1992) y el Sínodo Extraordinario para América (1997).

El Catecismo de la Iglesia Católica dio un nuevo impulso a toda la catequesis en la Iglesia y se convirtió en la referencia necesaria para conocer la doctrina auténtica y consolidada del Magisterio de la Iglesia. Fue un enorme auxilio, en una época en que muchas nuevas doctrinas y relecturas de la Biblia buscaron espacio dentro de la Iglesia.

La Conferencia de Santo Domingo, la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en 1992, fue un momento fuerte y propulsor de la vida de la Iglesia en este Continente y tuvo como tema, definido por el Papa Juan Pablo II: "Nueva Evangelización, Promoción Humana, Cultura Cristiana. Jesucristo, Ayer, Hoy y Siempre". En esta conferencia, la Iglesia latinoamericana asumió la propuesta del Papa de una Nueva Evangelización, "con nuevo ardor, nuevos métodos y nuevas expresiones", en búsqueda de los católicos alejados y de todos los que poco o nada conocen a Jesucristo. También el tema de la relación entre cultura y fe fue ampliamente desarrollado, buscándose asumir en la evangelización y en la pastoral la inculturación de la fe y la evangelización de la cultura. A partir de entonces, se discutió mucho la inculturación, sin la cual la evangelización quedaría inconclusa. Continúa como uno de los grandes desafíos de la Iglesia hoy.

Otro evento de fundamental importancia para la Iglesia en América Latina, en el Caribe y en toda América, en estos 25 años después de Puebla, fue el Sínodo Extraordinario para América (1997), en el Vaticano, en preparación al Gran Jubileo de Jesucristo en el año 2000. El sínodo tuvo como tema, definido por el Papa: "El encuentro con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad". De este sínodo resultó la Exhortación Apostólica "La Iglesia en América" (1999), de Juan Pablo II. El tema central es nuevamente la Nueva Evangelización y cómo realizarla en América en el tercer milenio. En esa exhortación pos-sinodal, el Papa destaca una característica fundamental de la evangelización, a saber, el encuentro fuerte y personal con Jesucristo vivo. El anuncio directo de la persona de Jesucristo, muerto y resucitado, y del mensaje de su Reino, debe llevar al oyente a tener un encuentro fuerte y personal con Jesucristo, un encuentro que le haga adherir profundamente a Cristo y le haga salir transformado de ese encuentro como discípulo capaz

de invertir todo para seguir a Cristo; un encuentro personal que después se transforme en encuentro comunitario, pues el creyente es llevado a ingresar en la comunidad de los creyentes. Allí, en la comunidad, ese encuentro se renueva siempre de nuevo y se consolida, sin dejar de ser también siempre un encuentro y relación profundamente personales con Cristo. Ahora, la gran mayoría de nuestros católicos nunca tuvo ese encuentro fuerte y personal, porque nuestra predicación no logró llevar nuestros oyentes a este encuentro personal. Por eso, su fe es frágil, muchas veces confusa, incompleta, lo que lo torna presa fácil de predicadores de otras creencias. Está aquí una de las grandes causas del crecimiento de las Sectas. El Papa ya decía en su discurso inaugural de la Conferencia de Santo Domingo: "El avance de las Sectas pone en evidencia un vacío pastoral"(n.12).

Creo que este cuadro social y eclesial delinea algunos grandes desafíos hoy para la Iglesia en América Latina y Caribe.

1. Evangelización y Misión

La gran, incluso inédita, huida de católicos para otras creencias, principalmente para las Sectas (neo) pentecostales protestantes, en toda América Latina y Caribe, en especial en las últimas dos décadas, no puede dejarnos indiferentes o resignados. Tanto más, porque la huida continúa, no habiendo pruebas suficientes de que esté parando o disminuyendo. Nosotros somos hoy los pastores responsables por esta Iglesia. En el futuro seremos responsabilizados por lo que ocurrió en esta nuestra época.

En segundo lugar, conforme a las investigaciones hechas en Brasil, la mayor huida de católicos está ocurriendo entre los pobres de las periferias urbanas. No obstante nuestra opción preferente por los pobres, son las Sectas las que están llevando los pobres para sus comunidades. No podemos negar eso, por más que nos cueste aceptarlo, pues los números del proceso de salida no mienten.

Parece bastante claro que la mayor causa de huida de católicos es la falta de evangelización. Por muchas razones, no conseguimos en el pasado evangelizar suficientemente los que nosotros bautiza-

mos. Esa falta de evangelización resultó para muchos de nuestros católicos en falta de oportunidad para un encuentro fuerte y personal con Jesucristo, que es la meta del anuncio querigmático, como nos enseña claramente el Papa. Y, con todo, aquellos que nosotros bautizamos tienen el derecho de ser evangelizados por nosotros, aunque haya también la libertad de buscar esta evangelización en otras creencias. Si ellos tienen el derecho de ser evangelizados por nosotros, significa que nosotros tenemos el deber de evangelizar los que bautizamos.

Parece entonces que es necesario iniciar en la práctica un verdadero regreso a la evangelización, principalmente al anuncio querigmático, e ir en busca de los católicos alejados y de todos los que poco o nada conocen a Jesucristo. "Ir en busca" significa misión. Ir de casa en casa, organizadamente y con perseverancia. No bastan las misiones populares de 20 o 30 días en la parroquia. Tendremos que realizar una **misión permanente**, como de hecho la hacen las Sectas en medio de nuestro pueblo católico y la hacen con gran fruto. Ir de casa en casa y volver siempre de nuevo a las familias y casas ya visitadas. No basta visitarlas de tres en tres años, o algo semejante. Las familias quieren ser valoradas, amadas, consoladas, apoyadas, principalmente las familias pobres de nuestras periferias urbanas. Es claro, que la metodología misionera de las Sectas no puede ser totalmente adoptada por nosotros, pero muchas de sus prácticas misioneras deberían inspirarnos en la elaboración de nuestra metodología.

Al mismo tiempo, nuestra evangélica opción por los pobres debe continuar, ampliarse y enfrentar los problemas sociales de hoy, pero tornarse más próxima a las personas y a las familias y no reducirse sólo a grandes proyectos sociales, que siempre son un tanto impersonales y distantes del contacto personal. Las personas quieren contacto más caluroso y amoroso con la Iglesia.

2. La Pasión por la Verdad

Se trata aquí de la cuestión del agnosticismo creciente en la sociedad actual, el llamado "pensamiento débil", que renunció a las

grandes verdades, absolutas y universales, desencantado por las violencias a las cuales llegó la racionalidad moderna, en su forma de ideologías que intentaron imponerse universalmente, como fueron el comunismo, el nazi-fascismo y también el capitalismo liberal. La cuestión tiene que ver con la Iglesia, que también predica una doctrina universal, un único Salvador de la humanidad, Jesucristo.

No podemos doblarnos al agnosticismo. No debemos resignarnos a su desencanto ni a sus argumentos contra una verdad universal. La humanidad no puede desistir de buscar la verdad. Eso pertenece a la esencia de su dignidad y de su vocación. El ser humano que desiste de buscar la verdad fundamental y fundante, el sentido último de la realidad, se deshumaniza, retrocede, hiere su dignidad más alta. A pesar del fracaso de las "luces" de la modernidad, es preciso reencender la pasión por la verdad y superar el "pensamiento débil", sin miedo de la verdad. La verdad verdadera no genera violencia, no coacciona, sino que nos torna libres.

Eso vale "a fortiori" para las religiones. En particular, el cristianismo profesa que Dios es esencialmente amor y quiere ser acogido por adhesión libre. Lamentablemente, hay quien insinúe que las religiones pueden tornarse peligrosas, factor de conflicto y de guerra. En verdad, toda violencia contradice la religión. Resta, así, a las religiones, en especial al cristianismo, hoy, mostrar al mundo que la verdad, en su punto más determinante, exige vivir el amor, el diálogo, la paz, la donación, la solidaridad.

3. El Diálogo

En la sociedad pluralista pos-moderna, el diálogo es fundamental en la evangelización. El Evangelio debe ser anunciado integralmente, oportuna e inoportunamente, pero nunca impositivamente. Dios mismo es el modelo del diálogo. Él siempre propuso su palabra, quiso una adhesión libre y nunca impuso. El Evangelio también debe ser propuesto a los seres humanos, nunca impuesto. La misión que anuncia, no contradice el diálogo. De hecho, la identidad de fe y pertenencia a una Iglesia no impiden un diálogo auténtico y leal; al contrario, cada uno de los dialogantes

contribuye para la riqueza del diálogo con su originalidad propia, con sus valores y propuestas. El diálogo supone, sí, la búsqueda sincera de la verdad. El otro puede ayudarme a encontrar la verdad o a profundizar mi propia verdad, enriqueciendo su comprensión con nuevos elementos.

La Iglesia Católica en América Latina y Caribe tiene ante sí un inmenso campo de diálogo a desarrollar: el diálogo ecuménico, el diálogo inter-religioso, el diálogo con las varias culturas, el diálogo con la pos-modernidad, con la ciencia, con el mundo de las nuevas tecnologías (pienso, en especial, en las biotecnologías que están abriendo caminos de verdadera interferencia en el comportamiento del ser humano, interferencia genética), diálogo sobre la ética, los valores morales, la sexualidad, la institución familiar. Los grandes cambios culturales, científicos y tecnológicos del mundo de hoy desafían la Iglesia para el diálogo y para su mayor capacitación y actualización en el servicio de la evangelización de esta nueva sociedad.

4. La Solidaridad con los Pobres

La opción por los pobres dio una identidad muy especial a la Iglesia latinoamericana, desde la Conferencia de Medellín. De hecho, ella se ha empeñado en la solidaridad con los pobres, en la lucha por la justicia social, por los derechos humanos, por la dignidad de los indígenas y de los negros, dando un gran testimonio, que ultrapasó las fronteras del Continente y repercutió en el mundo y en la Iglesia universal. Esa evangélica opción por los pobres debe continuar siendo una de sus características y es propuesta a toda la Iglesia, a nivel mundial, como dejó claro Juan Pablo II, en el documento "Novo Millennio Ineunte"(2001).

En el mundo globalizado de hoy, la pobreza presenta nuevos aspectos, principalmente la exclusión de muchas personas, categorías enteras de personas e incluso naciones enteras. Tal vez el mayor flagelo social hoy sea el desempleo estructural, traído por la globalización. La Iglesia no puede aceptar que haya personas socialmente excluidas, naciones enteras excluidas. La Iglesia no puede aceptar el hambre de tantos millones, el crecimiento de la miseria

junto a la indiferencia práctica de los pueblos ricos y desarrollados, que están más preocupados con la competición comercial internacional que con la solidaridad. De hecho, la salvaje competitividad que el nuevo orden económico mundial de mercados abiertos impone a las empresas, sea nacionales, sea multinacionales, hace que disminuya sensiblemente la efectiva solidaridad con los pobres.

De modo particular, la lucha contra el desempleo, contra la falta de trabajo para tantos millones de personas, sea en la ciudad sea en el campo, debe ser un objetivo muy específico hoy para la Iglesia en América Latina. El trabajo es llave esencial para resolver el problema de la pobreza, ya enseñaba el Papa en la "Laborem Exercens"(cf. n. 3).

Son esos algunos de los principales desafíos que enfrenta hoy la Iglesia en América Latina y Caribe. Muchos otros podrían ser señalados, pero me restrinjo a esos, que considero entre los más importantes.

Concluyo diciendo que la Iglesia latinoamericana tiene hoy una imagen que se destaca en el mundo, pero ella debe constantemente revisar su vida y misión, para que continúe siendo una respuesta evangélica adecuada a cada nuevo tiempo.